

Libros ilustrados para *pequeños* lectores y *grandes* curiosos

Cuentos del globo 2 : de bellas y bestias / Betsy Hearne y Ruth Kaufman ; adaptado por Betsy Hearne y Ruth Kaufman ; compilado por Betsy Hearne ; ilustrado por Alicia Baladan ; Mariana Chiesa ; David Álvarez ; Claudia Legnazzi. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Pequeño Editor, 2012. 52 p. : il. ; 21x27 cm. - (Cuentos del globo; 2)

ISBN 978-987-1374-22-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Kaufman, Ruth II. Hearne, Betsy, adapt. III. Kaufman, Ruth, adapt. IV. Hearne, Betsy, comp. V. Baladan, Alicia, ilus. VI. Chiesa, Mariana, ilus. VII. Álvarez, David, ilus. VIII. Título CDD 863.928 2

© De Cuentos del globo 2,
Pequeño Editor, 2012

© De las ilustraciones,
Alicia Badalan
("La Bella y la Bestia"), 2011;
Mariana Chiesa
("La serpiente mágica"), 2011;
David Álvarez
("Bodas oscuras"), 2011;
Claudia Legnazzi
(Mapa), 2011.

© De la adapt. de "La Bella
y la Bestia" y "La serpiente
mágica", Betsy Hearn, 2011
De la adapt. de "Bodas
oscuras", Ruth Kaufman, 2011

Selección de textos
Betsy Hearne

Traducción del original inglés
de "La serpiente mágica"
("The Magic Serpent")
y "La Bella y la Bestia"
("Beauty and the Beast")
Eliezer Nowodworski
y Mara Campbell

Edición
Raquel Franco
Ruth Kaufman

**Diseño de tapa
y colección**
Diego Bianki

**Edición gráfica
y diseño**
Diego Bianki

Armado
Geni Expósito
Santiago López (Mapa)

Imprimió
GARTENGROUP SRL
Manuel García 456
Ciudad Autónoma
de Buenos Aires

1a edición, enero de 2012
ISBN 978-987-1374-22-9

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723



www.pequenoeditor.com
pequenoeditor.blogspot.com

La colección Cuentos del
globo ha ganado el Concurso
Buenos Aires Innova 2010,
por lo que ha contado con
el apoyo económico del
Gobierno de la Ciudad de
Buenos Aires.

Libro impreso en papel FSC.



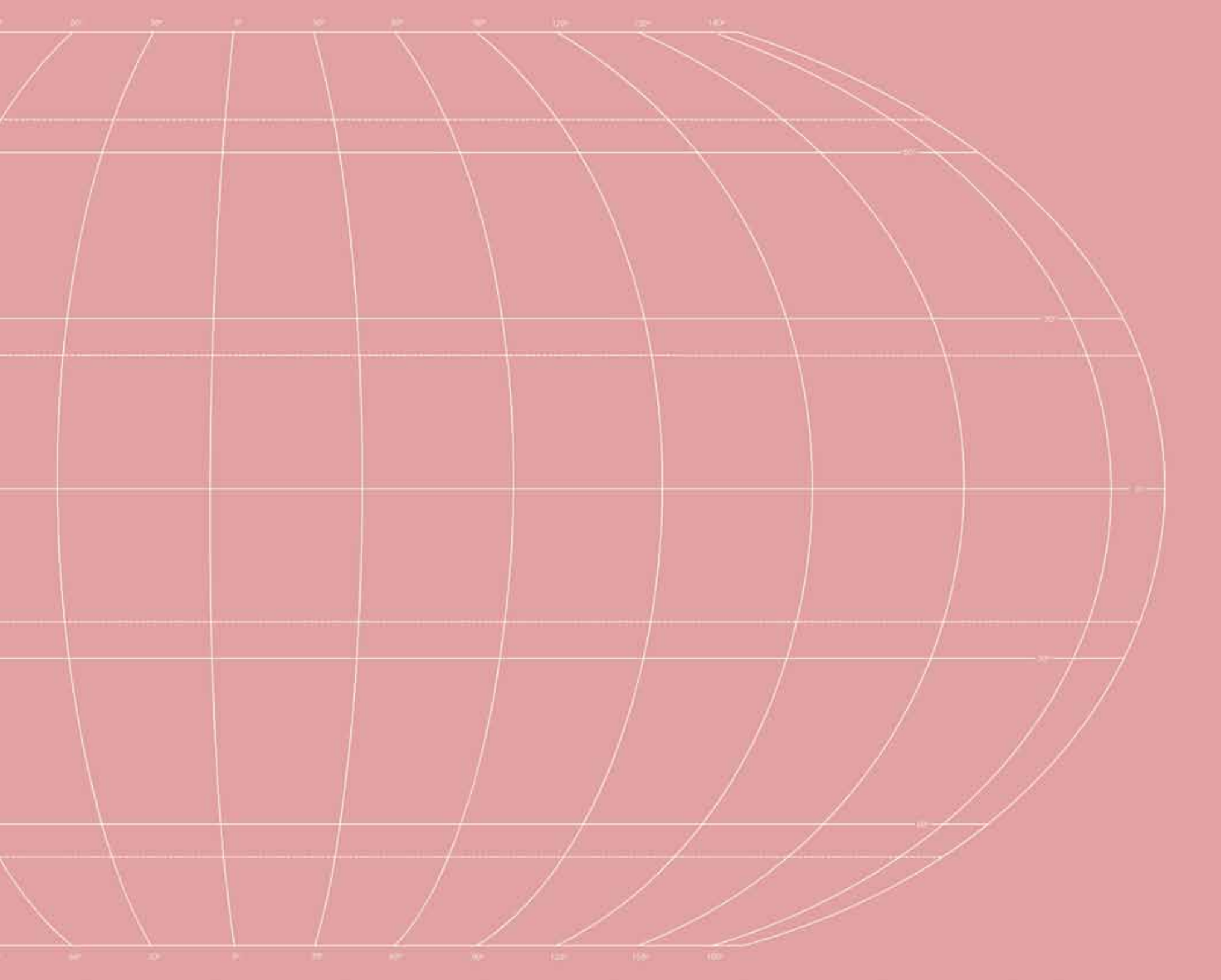
MIXTO
Papel procedente de
fuentes responsables
FSC® C013887

Colección

Cuentos del globo



2



Cuentos del globo 2

De bellas y bestias

EUROPA - ASIA - AMÉRICA

***Versiones de Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont,
Adele M. Fielde y Dominga Fuentes de Norambuena***

Selección de textos: Betsy Hearne



Ilustraciones:

Alicia Badalan

Mariana Chiesa

David Álvarez

Claudia Legnazzi





La Bella y la Bestia

Francia

Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont

(adaptación de Betsy Hearne)

*H*abía una vez un adinerado comerciante que tenía tres hijas, una más encantadora que la otra. La más joven era tan hermosa de mente, cuerpo y corazón que la llamaban Bella. El padre daba a sus hijas todo cuanto querían y, sobre todo, una buena educación. Las dos hermanas mayores no le daban demasiada importancia a su instrucción; lo que les gustaba era vestirse elegantemente durante el día y bailar toda la noche.

Pero Bella adoraba sus libros, le encantaba leer y tocar el clavicordio y, cuando los pretendientes venían en bandadas para pedir su mano, siempre decía: “No, me quedaré un poco más con mi padre”.



Las tres muchachas vivían como princesas hasta que un día el comerciante recibió un mensaje en el que le informaban que su flota de barcos se había hundido en el mar, durante una tormenta. Así, de pronto, quedó tremendamente endeudado. En menos de un mes tuvo que vender todo cuanto poseía y mudar a su familia a una cabaña pequeña. El panorama que los recibió allí fue sombrío: una casa destartada en lo profundo del bosque, rodeada por un descuido claro. Al principio, las tres niñas lloraron y se lamentaron y se estrujaron las manos y, triste es decirlo, las dos mayores siguieron haciendo lo mismo. Dormían hasta tarde y se quejaban de su destino. Pero Bella comenzó a mirar a su alrededor y a darse cuenta de cuán bello era el bosque. Comenzó a hacerse cargo de un pequeño jardín, a criar una bandada de gansos y una manada de cabras. Alimentaba a diario a

sus animales y aprendió que podía trabajar tan bien como cualquiera.

Aun así, vivían pobremente. Un día, el comerciante recibió otro mensaje que decía que uno de sus barcos había arribado al puerto a duras penas y que, si se apresuraba a llegar a la ciudad, podría rescatar algo de mercadería. Antes de partir, el padre llamó a sus tres hijas y les preguntó:

—¿Qué obsequios quieren que les traiga de la ciudad?

La primera joven pidió ropa y la segunda, joyas. Bella pensó que ropas y joyas no la ayudarían en el jardín. Lo que más extrañaba cuando plantaba verduras eran las rosas. Si él pudiera traerle una rosa, ella la atesoraría.

El padre partió tan pronto como pudo, pero cuando llegó a la ciudad y al puerto, el barco ya había sido vaciado por los acreedores. No quedaba nada para él. Tuvo que em-



prender enseguida el regreso porque no tenía, ni siquiera, el dinero suficiente para pasar la noche en una posada. Su caballo estaba cansado y comenzaba a hacerse tarde. Pronto oscureció y comenzó a llover. La lluvia se convirtió en agua nieve y el agua nieve, en nieve. Antes de que se diera cuenta, el comerciante se había perdido. Con la esperanza de que el caballo supiera regresar al hogar, dejó que él guiara el camino. Al poco tiempo, efectivamente, el caballo se dirigió hacia una luz lejana. Se internaron en un estrecho sendero bordeado por árboles. El caballo avanzaba a los tropezones contra el viento y la lluvia, el agua nieve y la nieve hacia la luz, que se veía, a cada paso, más brillante. Así llegó con su jinete a un jardín que rodeaba un gran castillo. El jardín tenía un aire diferente al frío del bosque. Parecía más cálido, casi como si allí fuera primavera. El comerciante se apeó

de su caballo y lo condujo hasta el establo, que estaba vacío. Dio a su caballo granos de un cubo, lo frotó y fue a llamar a la puerta del castillo. Nadie respondió.

La puerta no estaba cerrada con llave. El comerciante entró y caminó por un largo pasillo hacia un hogar que crujía con llamas brillantes. Delante del hogar, había una mesa servida con pollo asado, pan fresco y una botella de vino. Llamó, pero nadie respondió. Finalmente, no pudo resistir más. Se sentó frente al fuego en una silla cómoda y comió todo el pollo. Tras algunos vasos de vino, se quedó dormido. Durmió toda la noche. Cuando despertó, la mesa estaba limpia y servida con chocolate caliente, panecillos frescos y frutas. Después del desayuno, se sintió bien y se dispuso a marchar. Su capa andrajosa había desaparecido y, en su lugar, había otra de lana gruesa. La levantó, se la puso sobre los



hombros y salió a emprender el nuevo día. Nadie apareció cuando fue a buscar su caballo; lo ensilló y estuvo listo para dejar el castillo. Al pasar por el último tramo del jardín, el comerciante vio un rosal y recordó la promesa que le había hecho a Bella. En cuanto tomó la rosa más hermosa, oyó un rugido. Una bestia furiosa se le abalanzó y él cayó de rodillas. La Bestia —un ser cubierto de pelaje de pies a cabeza— se alzaba por encima del hombre.

—¿Cómo te atreves a robar mis rosas? —tronó la Bestia.

—Mi señor, mi señor, no quise robar...

—No me llames “señor”. Soy una Bestia.

—Bestia —dijo el comerciante—. No quise robarle.

—¿Entonces por qué te llevas lo que yo más aprecio?

—Solo cortaba una rosa para mi hija. Es todo lo que ella quería.



—Yo mato a quienquiera que se robe mis rosas —dijo la Bestia—, pero si tu hija estuviera dispuesta a venir al castillo en tu lugar, te perdonaría la vida.

—¡Oh, no, jamás podría permitirselo! El comerciante se acobardó y lloró, pero estaba claro que la Bestia no daría el brazo a torcer. Para ganar tiempo y poder despedirse de sus hijas, el comerciante dijo que iría a buscar a la más joven de las tres. Con el corazón apesadumbrado, montó el caballo y regresó a su hogar.

Cuando llegó a la cabaña, Bella salió a su encuentro. Estaba encantada de ver a su padre. En su mano, vio la rosa que había traído para ella. El padre contó a sus tres hijas la historia de la Bestia. Bella guardó silencio. Las dos hijas mayores, en cambio, se quejaron y protestaron furiosas. Como siempre, había sido Bella, con su extraño pedido, quien había causado el problema.



Bella dijo:

—Padre, no te preocupes más. Nunca les tuve miedo a las bestias de los bosques. ¿Por qué habría de temerle a una bestia en un castillo? Regresaré mañana contigo y conoceré a esa Bestia.

Su padre protestó, pero, a la mañana siguiente, cruzaron el bosque en dirección al castillo. El caballo se dirigía sin dudar, como si conociera el camino. Nadie apareció cuando Bella ayudó a su padre a dejar los caballos en el establo. Abrieron la puerta del castillo y caminaron por el largo pasillo hacia el fuego que aún crepitaba junto a otra cena bien servida. Bella estaba nerviosa pero, a pesar de eso, pudo comer. Cuando terminaron de cenar y se preguntaban qué pasaría, escucharon un estruendo de puertas y pesados pasos que retumbaban al acercarse.

Allí estaba la Bestia. Era un ser enorme, peludo, horrible y aterrador. Bella se retrajo.

La Bestia se acercó y le dijo amablemente:
 —Bella, ¿has venido por voluntad propia?
 —Sí, mi señor —respondió haciendo una reverencia con la cabeza.
 —No soy tu señor. Soy una Bestia.
 —Sí, por voluntad propia, Bestia —dijo mirándolo. Él pareció sonreír detrás de su pelambre y dijo:
 —Muy bien, pues. Despídete de tu padre, que debe marcharse.
 Bella abrazó a su padre y lo acompañó hasta la puerta. Luego se dio vuelta para ver a la Bestia. La Bestia la llevó a una habitación al final de las escaleras. En la puerta había un letrero que decía “Habitación de Bella”. Ella le deseó buenas noches, entró y cerró la puerta. Nunca había visto una recámara como esa. Estaba repleta de las cosas que ella amaba: libros, música, flores, incluso pájaros que entraban y salían volando por las ventanas. Miró el jardín del castillo, lleno de

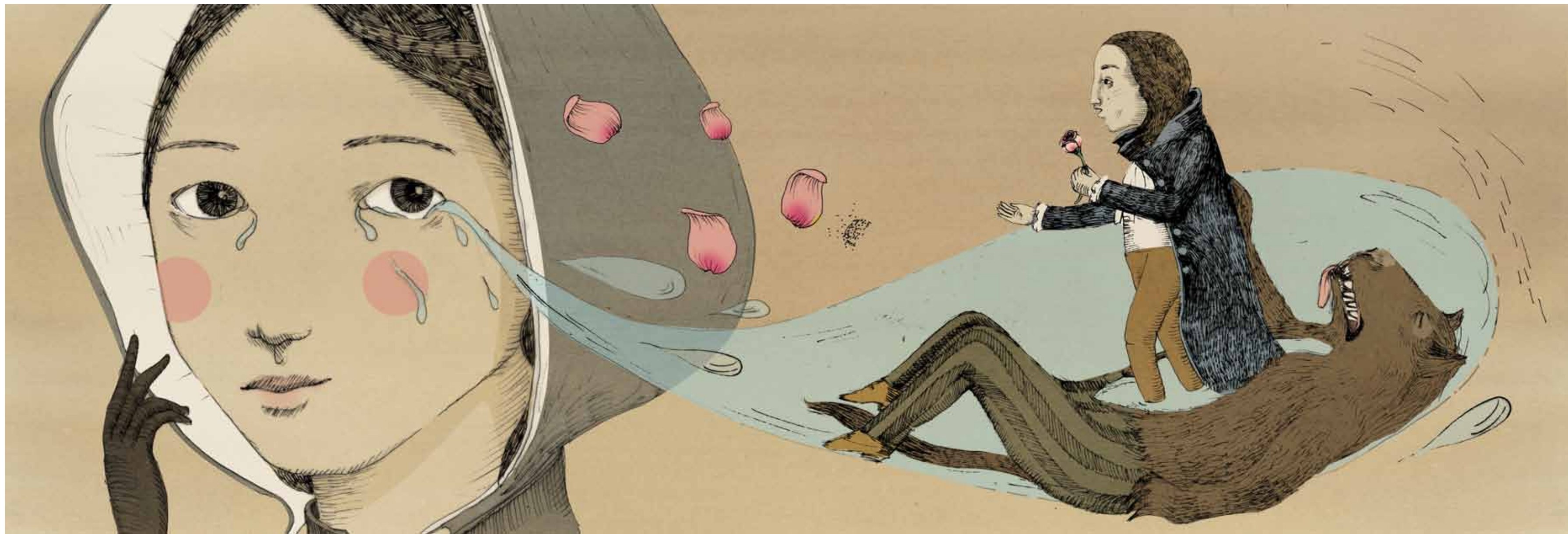


rosas y de perfumes de primavera y pensó para sí: “Podría vivir aquí por siempre”.
 A la mañana siguiente, Bella comenzó a explorar el castillo y los jardines del fondo. Cada día se ponía más feliz. Por las noches, la Bestia venía para la cena y le hablaba amablemente. Ella comenzó a ansiar su compañía. Cada noche, al final de la comida, él le hacía la misma pregunta:
 —Bella, ¿te casarías conmigo?
 —Oh, no, Bestia, jamás podría casarme contigo —respondía la muchacha.
 Con el correr del tiempo, él siguió formulando la misma pregunta y ella continuaba respondiendo del mismo modo.
 Después de un tiempo, Bella comenzó a extrañar a su familia. Una noche se notaba su tristeza en la cena y la Bestia le preguntó qué la apenaba.
 —Bestia —dijo ella—, deseo ver a mi padre. La Bestia bajó la cabeza.

—Ve a mirar el espejo de tu habitación.
 En su habitación, Bella vio a su padre en el espejo, enfermo y postrado. Al día siguiente, le rogó a la Bestia que la dejara ir a su hogar.
 —Eres libre de ir y venir a gusto —dijo la Bestia—. Toma este anillo. Póntelo en el dedo, gíralo, pide tu deseo y estarás en tu casa. Pero recuerda, si te quedas demasiado tiempo, me romperás el corazón. Cuando sea momento de regresar, ponte el anillo en el dedo y gíralo otra vez.
 Esa noche, después de cenar, Bella giró el anillo en su dedo. De pronto, estuvo en la antesala del cuarto de su padre. Como si al verla se hubiera curado, el padre saltó de la cama. Bella le contó sobre el castillo; le mostró las delicadas vestimentas y las joyas que la Bestia le había regalado. Las hermanas mayores la oían con envidia. Cuando ella intentó darles todo lo que la



Bestia le había obsequiado, prendas y joyas desaparecieron de las manos de las hermanas. Entonces, las hermanas se confabularon en secreto contra ella: simularían estar tristes cada vez que Bella hablara de irse. Tal vez, si lograban retenerla lo suficiente, la Bestia se enfadaría y la atacaría cuando ella regresara al castillo. Y así lo hicieron. Cada vez que Bella anunciaba que era momento de marcharse, las hermanas se frotaban cebollas en los ojos y lloraban falsamente rogándole que no se marchara. Entonces, ella se quedaba un poco más, y una cosa fue llevando a la otra. Bella veía que su padre mejoraba y dejó que los días pasaran sin contarlos.
 Una noche, Bella tuvo un sueño. Vio a la Bestia junto a la fuente del jardín, muriéndose. Bella se despertó extrañando tanto a la Bestia que creyó que su corazón estallaría. Tomó el anillo de la mesa, lo giró en



Alicia Badalan

su dedo y deseó regresar al castillo. Una vez allí, corrió hacia su habitación y se puso su mejor vestido para esperar a la Bestia para cenar. Pero esperó en vano, porque él nunca llegó, y las luces se opacaban mientras Bella buscaba en el castillo. Finalmente, lo encontró en el suelo junto a la fuente del jardín, donde lo había visto en su sueño. Se recostó sobre su cuerpo y lloró: “Mi Bestia, no sabía cuánto te amaba”. Regó su rostro con lágrimas y besos. La Bestia se agitó, intentó levantarse y se puso de pie... ¡convertido en un hombre!

—¿Quién eres tú? —gritó Bella.

—Soy tu Bestia —dijo el hombre—, un príncipe aprisionado en la forma de un animal hasta que alguna mujer me amara por lo que soy a pesar de mi apariencia. Bella, ¿te casarías conmigo?

—Sí, no perdería tu amable corazón, sin importar qué forma tuviera.



Cuando pronunció estas palabras, el castillo en penumbras se iluminó por completo y los rosales marchitos florecieron de nuevo.

Al poco tiempo, se casaron. Las hermanas y su padre vinieron a la boda y su padre se regocijó. Pero los corazones de sus hermanas estaban tan endurecidos por la envidia que sus cuerpos se convirtieron en piedra, dos estatuas que observaron la felicidad de Bella y su esposo para siempre.





La serpiente mágica

China

Adele M. Fielde

(adaptación de Betsy Hearne)

*H*abía una vez un hombre que tenía tres hijas a las que adoraba. Cada día, al regreso de su trabajo, el padre recogía una flor diferente y se la llevaba a sus hijas para que la usaran como modelo en sus labores. Las muchachas eran hábiles bordadoras. Un día, el hombre no encontró ninguna flor en su camino habitual. Para no volver con las manos vacías, se internó en el bosque en busca de capullos silvestres. ¡Pobre de él! ¡Estaba entrando en los dominios de una serpiente mágica! La serpiente le saltó encima, se enroscó alrededor de su cuerpo y lo apretó con fuerza. Luego, lo acusó de invadir su jardín. El hombre respondió que solo había en-



trado para buscar unas pocas flores para sus hijas, que ellas se sentirían decepcionadas si él volvía a casa sin el regalo de siempre. La serpiente le preguntó cuántas hijas tenía, cómo se llamaban y qué edades tenían. El hombre respondió a todas las preguntas pero la serpiente no lo soltó. La serpiente le dijo que solo le devolvería su libertad si le prometía la mano de una de las muchachas en matrimonio. El pobre hombre probó con todos los argumentos que se le ocurrían, pero la serpiente no quiso aceptar otro rescate. Finalmente, el padre, temiendo lo que podría sucederles a sus hijas si él llegaba a morir, dio la promesa requerida y se fue a su casa. Esa noche no pudo comer la cena pensando en el poder que tienen las criaturas mágicas para dañar a quienes las ofenden. Pasaron algunos días, pero, aunque sus hijas le preparaban cuidadosamente las



comidas, él no iba a la mesa. Las niñas se preguntaban por qué estaría triste y decidieron que una de ellas debía de haberlo disgustado. Para averiguar quién había sido, cada una iría a incitarlo a comer.

Primero fue la mayor. Le dijo cuánto la apenaba ver a su padre sin apetito y lo animó a probar, al menos, un bocado. Él le respondió que comería si, por su propio bien, ella se casaba con la serpiente a quien él mismo le había prometido una esposa. La hija mayor se negó rotundamente a cumplir con el contrato de su padre y él quedó todavía más triste y abatido que antes.

Entonces, la segunda hija fue a rogarle que comiera; pero, cuando escuchó el mismo pedido, ella también se negó a cumplir con la promesa.

Finalmente, la hija menor entró y le suplicó a su padre que comiera. Cuando oyó la historia, enseguida declaró que, si él



cuidaba debidamente de su salud, ella se casaría con la serpiente. El padre entonces comenzó a comer otra vez, los días fueron pasando sin traer nuevas calamidades y el bienestar de la familia pareció a salvo por un tiempo.

Pero una mañana, mientras las jóvenes estaban ocupadas con sus bordados, una avispa entró volando por la ventana y se puso a cantar:

*¡Bsss!, zumbando entro
y zumbando reclamo
¿Quién desposará a la serpiente,
mi amo?*

Cada vez que la avispa intentaba posarse, las niñas la pinchaban con sus agujas; hasta que, finalmente, la avispa huyó por donde había venido. A la mañana siguiente, entraron dos avispas y cantaron la misma rima. La tercera mañana, entraron tres



avispas; la cantidad de avispas aumentaba a medida que pasaban los días, hasta que las niñas no pudieron librarse de ellas ni soportar sus picaduras.

Entonces, la hija menor dijo que iría a buscar a su extraño prometido para librar a la familia de la plaga de zumbadoras. Las avispas la acompañaron por el camino y la guiaron hasta el bosque. La serpiente mágica la estaba esperando en la puerta de un palacio que había construido para ella. En las amplias habitaciones del palacio, la niña encontró muebles tallados y adornados con piedras preciosas; cajones repletos de telas de seda; cofres con jade, joyas y oro. La serpiente tenía unos ojos hermosos y una voz muy musical, pero su piel era escamosa; y la muchacha tembló de solo pensar en verla todos los días.

Después de la cena de casamiento, que comieron a solas, la muchacha le dijo a su



esposo que apreciaba todo lo que le había dado y que al día siguiente ella comenzaría con sus tareas domésticas. Por muchos días, la muchacha mantuvo la casa ordenada, cocinó y se ocupó de que todo fuera agradable para su repulsivo esposo. Él la adoraba y languidecía cuando ella no estaba a la vista. Era tan atento a sus deseos y a su bienestar que, poco a poco, ella llegó a disfrutar de su compañía y a sentirse sola cuando él se ausentaba.

Un día, la muchacha descubrió que el pozo estaba seco y tuvo que adentrarse en el bosque en busca de agua. Caminó muchas horas hasta encontrar un manantial. Cuando finalmente logró regresar a casa cargando el agua, encontró a la serpiente muriendo de sed. Para salvarle la vida, la tomó y la sumergió por completo en el agua. Unos segundos después, emergió del agua un hombre apuesto y fuerte.

La muchacha lo miró sin comprender y él le contó que había estado atrapado en el cuerpo de la serpiente por un encanto maligno. Al fin, gracias a su compasión, se había liberado. Desde ese día, la muchacha junto a su dulce esposo fueron a visitar a su padre y sus hermanas. También visitaban a quienes eran menos felices que ellos y les llevaban bonitos regalos.





Bodas oscuras

Chile

Dominga Fuentes de Norambuena

(adaptación de Ruth Kaufman)

Érase una vez un matrimonio tan pobre que no tenía casi nada. Pero tenían una hija que se llamaba Florinda. Era una muchacha hermosa, ágil y buena. Sus padres no tenían ni ropa para ella; no tenían siquiera sacos de harina vacíos para hacerle un trajecito.

Un día, el padre se fue con un hacha y un cordel al monte cercano. Era de madrugada, hacía frío, corría un viento tormentoso. El hombre hachaba y se lamentaba de su suerte, le pedía a Dios que lo ayudara. En eso, se apareció un anciano y le preguntó: —¿Por qué lloras?

—Soy pobre, abuelito, no tengo na.

—Pronto tendrás muchísimo —le dijo el

anciano y se fue.

Enseguida llegó un ogro que no tenía revés ni derecho. Parecía un ser gigantesco y oscurecido. No tenía cara, no tenía pies, no tenía nada. Parecía que estaba adentro de un barril. El hombre se asustó, pero el ogro le dijo que no le tuviera miedo, que él también era un cristiano.

—Pero ¿cómo va a ser cristiano —le preguntó el leñador— cuando no tiene pie, no tiene mano, no tiene cara?

—¿Quieres tener riquezas? —le respondió el ogro.

—Sí, y tengo hambre.

—Entonces ve a aquel árbol, da tres hachazos y el oro saltará a chorros. Pero antes, vamos a hacer una promesa.

—Lo que usted quiera —se apuró el hombre.

—Tú tienes una hija —dijo el ogro—. Es linda, hermosa. Yo quiero que me la des para casarme.



—Ay, ¿cómo haré eso? —se asustó el padre.
—Se hará una boda —dijo el ogro—. Ella se casará de traje blanco, una boda magnífica, con un obispo. Pero oscura. Sin luz.
—¿Y cuándo?
—Al año.

El hombre miró alrededor, la tierra, cabizbajo. Después miró el cielo. El ogro estaba a su lado.

—Será cumplida su promesa —dijo el hombre—. Porque estoy tan pobre.

Se llevó el hacha. Tenía un ponchito de lana, todo roto el ponchito que donde echaba una moneda se rompía por el otro lado. Buscó una espinita y empezó a fruncirlo acá, allá y así logró llenarlo. El ogro se fue y él se quedó juntando el oro. Después fue a dejarlo a la casa y volvió por otro. Se llevó cuatro lindas ponchadas de oro.

En el último viaje, la esposa le preguntó:
—¿Dónde encontró esa mina?



—No es mina —le respondió el hombre—, es algo amargo. A cambio de este oro di a mi hija para que se casara con un ogro en unas bodas oscuras, dentro de un año.

—No hay que tener miedo —dijo la mujer.

Se hicieron una casita. Todo les sobraba. Cuando se había cumplido el año, el ogro se le presentó al hombre en un bosquecillo cercano.

—Se ha cumplido el plazo —le dijo—. Mañana será la boda. Recuerda que no quiero luz, ni en la boda ni en el lecho nupcial. Pero que haya de todo, música divina, de todo.

—Bien —le dijo el padre.

El hombre llegó a su casa y le anunció a su hija que se había cumplido el plazo. Que al día siguiente tenía que casarse con el ogro.

—Ojalá me case ahora, taita —le dijo la muchacha—. Yo estoy contenta. Tenemos

vaquitas para sacar la leche, avechitas, lindas camas, linda casa. ¿Qué más queremos?

—Pero... ¿las bodas oscuras? —le preguntó el padre.

—No importa. Yo miedo no he de tener —dijo la muchacha.

Al otro día se hizo la ceremonia. Cuando el obispo preguntó por el novio, el padre le explicó que eran bodas oscuras, que no podía haber luz. Todos estaban listos cuando oyeron pasos y una puerta que se abría.
—Apaguen la luz —dijo el obispo—. ¡Ya viene el novio para la ceremonia!

Los invitados vieron una cosa negra. No tenía cara, no tenía pies, no tenía manos, no tenía nada. De repente, el ogro sacó por debajo de la capa que lo cubría, una mano blanca, alba como la nieve. Apenas se vio su rostro hermosísimo, afilado. Se notaba que tenía un alma hermosa, de mucho alcance. El obispo estiró la mano y les colocó el ani-



llo a él y a la novia. Ya estaban casados.

Cuando los padrinos dejaron a la muchacha en el lecho nupcial, estaba todo oscuro. Ella tocó la cama, se quitó los guantes, el velo, el traje de novia. Se acostó.

Al otro día se levantó y estaba solita. No había nadie. El ogro no había ido a dormir con ella.

Así pasó un año. Ella estaba contenta, se había casado pero vivía sola. Hasta que un día, una anciana que pasaba por su jardín se le acercó y le dijo:

—¡Qué hermosa eres! Y qué suerte has tenido de casarte con el ogro, ¿tú sabes quién es?

—No, pues —se interesó la muchacha.

—Te casaste con el príncipe de las Tres Torres Verdes. ¿Te casaste a oscuras, no es cierto?

—Sí.



—Él está encantado. Lo encantó un hada hechicera. Dame una moneda de plata y esta noche lo verás. Pero no te quedes con la pajueta encendida.

La muchacha le dijo que no. Pero se quedó con la curiosidad. Y cuando llegó la medianoche, ella estaba despierta pero se hacía la dormida. El joven llegó, se sacó la gruesa negrura que le cubría el cuerpo como un cartón. La miró un segundo con ojos de relámpago y se acostó a su lado. Cerró los ojos, apenas, sin tocarla. Entonces ella encendió la pajueta. La luz le iluminó el rostro. Era hermoso. Se quedó mucho rato mirándolo, hasta que un chorrito de cera cayó encima del rostro de su marido. Él abrió los ojos, la miró enojado:

—¡Ay, Florinda! —le dijo—. Me has traicionado. ¿Por qué?

La joven lloraba, el rostro tapado. Toda la noche la pasó llorando.



Cuando llegó el amanecer, el marido la llevó hasta una ventana. Cada vez que pasaba una bandada de aves, él le preguntaba cuántos eran. Pasaron torcazas, tordos, palomas. Ella contaba once pájaros. Él le decía que no.

Entonces, pasó otra bandada. El marido volvió a preguntarle:

—¿Y ahora?

—Pasan once loros —dijo ella.

—Doce —completó él, mientras se transformaba en un ave y escapaba por la ventana. Antes de partir, le dijo:

—Florinda, me has traicionado. Me faltaba poco para salir del encantamiento pero ahora se remacharon los candados para mí. Te costará zapatos de hierro volver a encontrarme. Diez años de camino te llevará. Soy de las Tres Torres Verdes, al otro lado del mar.

Al día siguiente, la madre encontró a su hija llorando sin consuelo. Ya se mandó a hacer los zapatos de hierro. Ya le pidió la bendición a su padre. Ya se puso en camino.

Al año de camino, Florinda llegó al pie de una cima donde había una cabaña de totora y una anciana. Florinda le preguntó por las Tres Torres Verdes. La mujer la hizo pasar, se sentaron en banquetitas de palo. Pero la anciana no había oído jamás ese nombre. Y Florinda se fue. Pero la anciana se compadeció de ella y la llamó de nuevo. Y le regaló un peinecito de oro. Florinda guardó el peinecito en su bolsillo.

Al año justo, llegó a la cima de otra cuesta. Había otra anciana. Florinda tenía la ropa desgarrada, los pies sangrando. La anciana tampoco conocía las Tres Torres Verdes. Cuando se iba, la anciana le regaló



una arpita de oro y plata. Se llevó la arpita. Ya llevaba dos años de camino.

Anduvo otro año y llegó a la cima de otro cerro donde había otra anciana. Florinda le contó su historia.

—Lo que usted busca —le dijo la anciana— está muy lejos de acá. Pero mi hija, que tiene poderes mágicos, la ayudará.

La hija de la anciana conocía la historia de Florinda. Era una historia triste. El príncipe estaba encerrado en una torre, atrapado por una hechicera que quería casarlo con su hija. Cada tarde, antes de que entraran las visitas, la hechicera le daba una bebida con narcótico. El príncipe, que penaba por una esposa que había perdido en la lejanía, la bebía y quedaba como muerto. Pasaban los días, se acercaba el plazo en el que tendría que casarse con la hija de la hechicera.

Florinda le pidió ayuda y la hija de la anciana, que era maga, se compadeció. Temprano por la mañana se pusieron en camino. Antes de partir, la anciana le regaló una bombillita de oro.

La maga la llevó hasta una colina. Desde allí vieron las Tres Torres Verdes. Entonces, la maga le ordenó cerrar los ojos y gritar todos los años que le faltaban para cumplir los diez años de camino. Florinda gritó con todas sus fuerzas y esos años se cumplieron. Antes de despedirse, la maga le regaló un espejito de oro. Florinda llevaba cuatro joyas con ella.

Cerca de las Tres Torres Verdes, Florinda se sentó en la orilla del mar y se puso a llorar. Llorando, sacó el peinecito y miró el sol a través de los dientes. Iluminaba como una estrella que tuviera en su mano. La hija de la hechicera, la que estaba de



novia con el príncipe, la vio. Vio el brillo de ese peine de oro y lo deseó. Corrió hasta la arena donde estaba Florinda.

—Oye —le dijo—, tontita, ¿quieres venderme este peinecito de oro que ahora estoy de novia?

—Yo puedo darle el peinecito, no vendérselo —respondió Florinda—. Pero usted tiene que darme permiso para entrar a ver al príncipe.

—Tendrás cinco minutos —dijo la hija de la hechicera.

La hija de la hechicera la llevó hasta el palacio. Antes de hacerla pasar, se aseguró de que el príncipe hubiera tomado el narcótico. Florinda entró y reconoció a su marido. Pero él estaba como muerto. Florinda lo llamó, lo pellizcó, le dio un mordisco en la pierna. Nada. Pasaron los cinco minutos y la echaron para afuera.



David Álvarez

Al otro día, Florinda fue a la misma playa y sacó su espejito. Le dio vueltas al crisol del Sol. Como una estrella preciosa iluminaba las flores, las ventanas del palacio. La hija de la hechicera lo deseó. Corrió a pedírselo. Florinda se lo dio con la misma condición.

Pero cuando Florinda entró a ver a su marido, él estaba como muerto, completamente dormido.

Al día siguiente, Florinda sacó la bombillita. La hija de la hechicera se la llevó a cambio de otra visita.

—Ya le he dado el narcótico —le dijo la hechicera vieja a su hija.

El príncipe las escuchó. “¿Será por eso que me siento mal todas las tardes?”, pensó. Pero no descubrió nada y se tomó la bebida como todos los días. Era exquisita. Después dejaron entrar a Florinda. Él estaba como muerto. No la oyó, nada sintió.



Al día siguiente, a Florinda le quedaba la arpita. Era su última joya. Cuando la tocó, sonó una música divina. La hija de la hechicera la escuchó. Y quiso el arpa para ella. —Véndemela para mi boda —le dijo—, me caso pasado mañana. Ya nadie podrá entrar a ver al príncipe cuando sea mi marido.

—Está bien —le dijo Florinda—, te la doy si me dejas entrar por última vez.

Esa tarde, cuando entraron a darle el narcótico, el príncipe estaba atento. Vio que la hechicera echaba unas gotas en un vaso. “Eso es el narcótico”, pensó, y cuando le pasaron la copa, en vez de tomarla se dio vuelta y se la echó dentro de la camisa. Nadie lo vio. Enseguida se hizo el dormido, se fue cayendo de a poco. La hechicera sacó un alfiler y se lo clavó para probar si se había tomado el narcótico. Él no se movió, no se encogió, la dejó que hiciera lo que quisiera.

Entonces, le dieron los cinco minutos a Florinda.

Ella se arrodilló delante de su marido y le dijo que aquella era la última joya que le quedaba. Estaba sin zapatos, casi sin pies. El joven escuchaba el clamor de ella, esperaba. Ella le mordió el brazo, le abrió los ojos. Florinda le dijo que ahora la esperaban los diez años del camino de regreso.

Entonces, él abrió los ojos:

—¡Ay, Florinda mía!, ¿cómo llegó hasta aquí?

Se abrazaron.

—A pie he venido —respondió ella—. En el camino gasté mis zapatos de hierro.

Entonces, el príncipe palmoteó y se desencantaron las Tres Torres Verdes. Apareció un palacio.

—Somos felices, Florinda. Has cumplido con tu misión. Yo no quería casarme con



la hija de la hechicera, yo no podía olvidar tu cariño. Tus pies sanarán pronto.

Y se abrazaron de nuevo. Y vivieron felices para siempre.





América del Norte

América Central

América del Sur

Océano Artico

Océano Atlántico

África

Europa

Asia

Océano Índico

Océano Pacífico

Oceanía

Océano Antártico

1. Francia

2. China

3. Chile

Paises donde se originaron los cuentos de este libro

- 1. La Bella y la Bestia
- 2. La serpiente mágica
- 3. Bodas oscuras

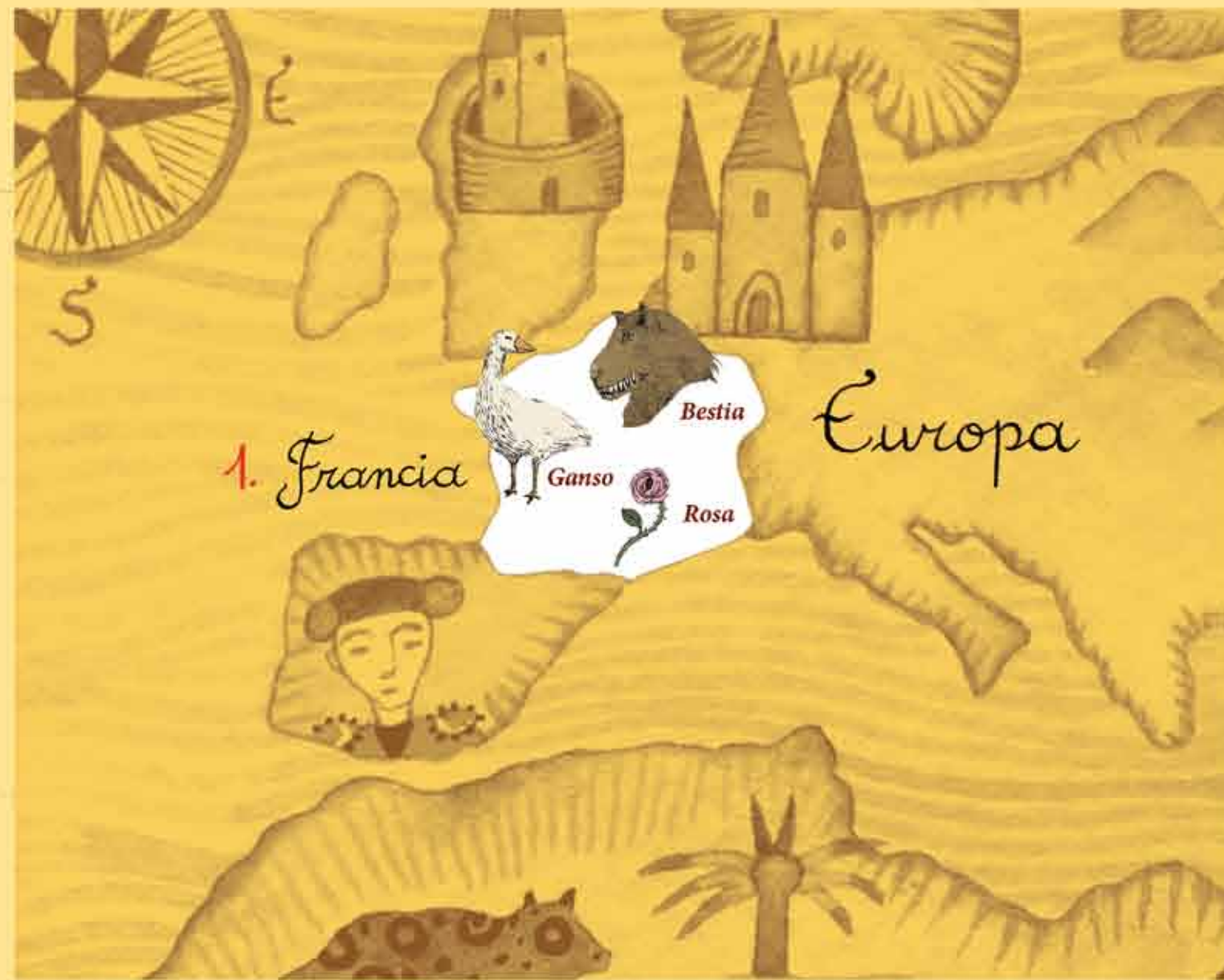


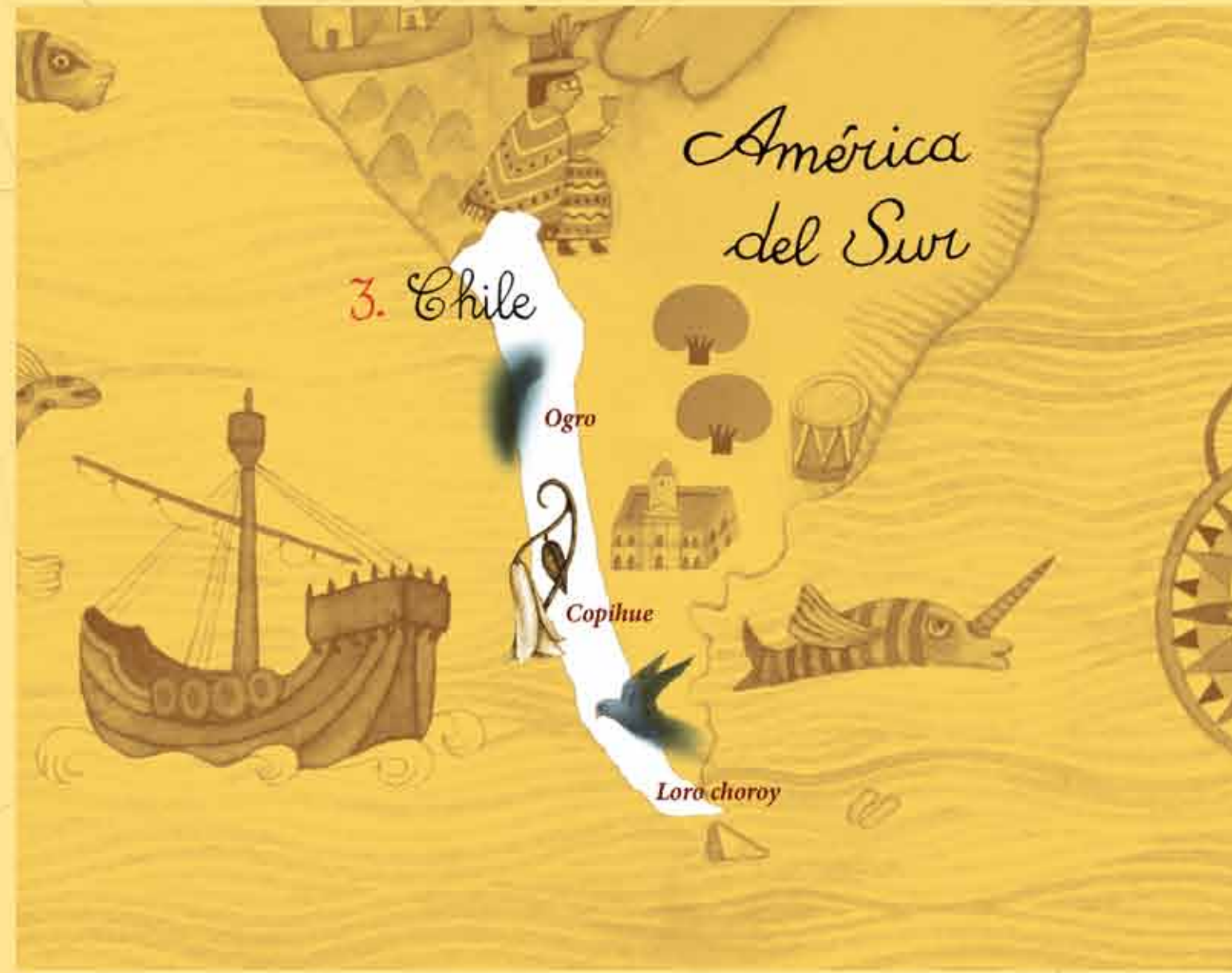
Los cuentos de este libro se originaron en Europa, Asia y América del Sur. ¿Será que el mismo cuento viajó de país en país y fue cambiando en cada tierra? ¿O en tierras distantes, distintas personas inventaron relatos semejantes? En cada región la gente fue contándolos con los personajes, animales, plantas, costumbres, cielos que ellos conocían.



Referencias

1. La Bella y la Bestia
2. La serpiente mágica
3. Bodas oscuras







Las bestias de estos relatos

En su famosa versión de “La Bella y la Bestia”, Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont no describe a ningún animal en especial. Cada cual tiene que imaginarse a la criatura por sí mismo. Sin embargo, muchos ilustradores han representado a la Bestia de esta historia como un león, quizá porque el “Rey de las fieras” es tan aterrador que el coraje de Bella al enfrentarlo resulta realmente extraordinario. En Francia, Inglaterra y otros países de Europa, el león aparece frecuentemente en las banderas o los escudos de armas, simbolizando la valentía.



En China, como en muchas otras culturas, la Bestia toma la forma de una serpiente. Una de las más famosas historias de China, “La serpiente blanca”, cuenta una triste historia entre un joven estudiante y una serpiente de espíritu femenino que se enamoran, pero son separados para siempre. Nuwa y Fuxi son una importante pareja mitológica china: se representan mitad serpientes, mitad humanos. Según cuenta la tradición, la serpiente gigante pitón llamada Bashe ¡tragaba elefantes! También los dragones, que tienen una importancia especial en el folklore chino, están emparentados con las serpientes.



El folklore representa frecuentemente lo bueno como luz y lo malvado como oscuridad, porque lo que no podemos ver suele ser más atemorizante que lo que vemos. En los viejos tiempos, las historias eran contadas junto al fuego, que con su luz enfrentaba a la noche exterior. Todos podemos imaginar monstruos acechando en la oscuridad, como el ogro de este relato que no tiene ni frente ni cara ni pies. Las joyas de oro de Florinda, con las que rescata a su esposo, tienen —por el contrario— el brillo del sol y las estrellas.

Los narradores de estos cuentos tradicionales

Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont

Nació en Francia en 1711 y murió en ese país en 1780. Fue una escritora y profesora que publicó la versión más conocida de “La Bella y la Bestia”. Tomó elementos de la historia de la escritora francesa Gabrielle-Suzanne de Villeneuve, quien basó su versión completa en antiguas fuentes literarias y orales. Nacida en el seno de una familia humilde, Beaumont tuvo un matrimonio

Adele M. Fielde

Nació en Estados Unidos en 1839 y murió en el mismo país en 1916. Fue una mujer aventurera que vivió en China durante muchos años. En su libro *Cuentos de hadas chinos* (1893), la autora relata que escuchó esas historias de personas que no sabían leer y nunca antes habían sido escritas. Fielde hablaba con fluidez el dialecto swatou que se hablaba en la localidad donde residía, en la costa sudeste de China, y escribió un Dic-

Dominga Fuentes de Norambuena / Yolando Pino Saavedra

Dominga Fuentes de Norambuena nació en el sur de la Argentina, de familia chilena. Aprendió a narrar oyendo a su abuelo. Empezó a contar historias a los seis años y nunca más dejó de hacerlo. El investigador Yolando Pino Saavedra la conoció en Linares, donde ella le contó muchos de los cuentos que tenía

Betsy Hearne

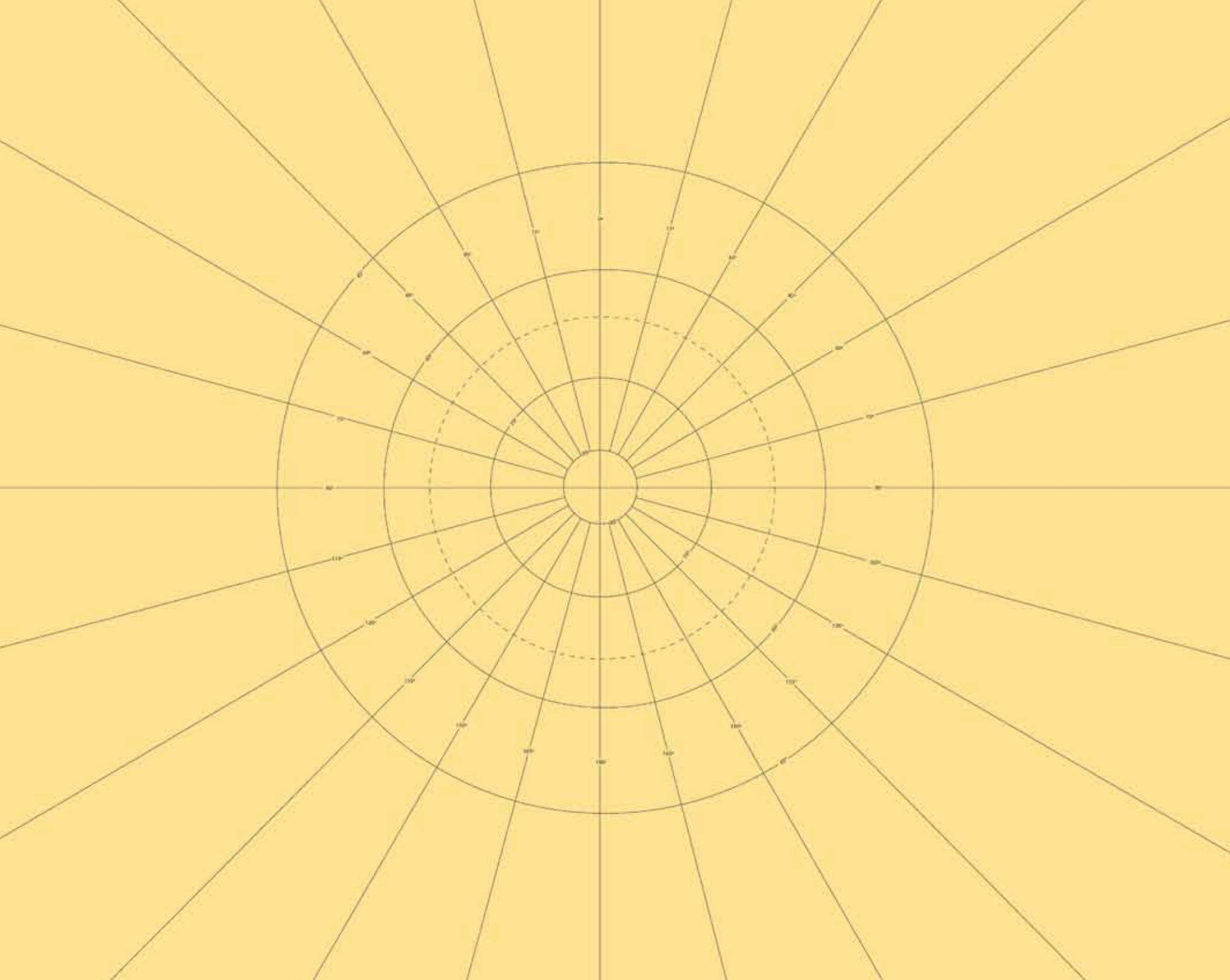
Nació y vive en los Estados Unidos. Es profesora, cuentista y estudiosa de la cultura popular. Se abocó al estudio del cuento “La Bella y la Bestia” durante 35 años. En dos libros —*De Bellas y Bestias* y *La Bella y la Bestia: Visiones y revisiones de una vieja historia*— escribió sobre las tradiciones populares, la literatura, las películas y las expresiones artísticas relacionadas con esta

desdichado con un hombre que la maltrataba. Años más tarde, se trasladó a Inglaterra, donde volvió a casarse y escribió numerosos libros para niños. Solía aconsejar a sus jóvenes alumnas que buscaran la sabiduría y la nobleza de espíritu (como tenía la Bestia) antes que la riqueza o la belleza exterior que podría ocultar un corazón cruel.

cionario del dialecto swatou. Durante muchos años prestó servicios como misionera y realizó investigaciones en forma independiente. Después de regresar a los Estados Unidos, publicó las conclusiones de su investigación sobre las hormigas, dio conferencias a favor de la integración racial y tuvo una activa participación en la lucha por el voto femenino.

guardados en su memoria. Yolando Pino Saavedra nació en Parral, en Chile, en 1901 y murió en Santiago en 1992. Durante años recorrió su país de norte a sur, recogiendo las historias que le contaba la gente. Su obra principal, *Cuentos folclóricos de Chile I, II y III*, reúne más de cien relatos distintos.

historia. En su infancia, su cuento favorito fue “Al este del sol y al oeste de la luna”, que aborda temas similares a los de “La Bella y la Bestia”. Hearne también escribió libros para niños; entre ellos, *Deseos, besos y cerdos*, que trata sobre una niña que accidentalmente convierte a su hermano en un cerdo y debe encontrar la forma de convertirlo en humano nuevamente.



La Bella y la Bestia **Betsy Hearne**

“*L*a Bella y la Bestia” pertenece a una colección de cuentos: algunas versiones son conocidas, como la película de Disney; otras son tan antiguas que ni siquiera conocemos su origen o de cuándo datan. Pero sí sabemos que Bellas y Bestias han vivido en muchas culturas de Europa, Asia, África y América.

La Bestia adoptó diversas formas: un oso, un león, un toro, un cerdo, un perro, un mono, un lagarto, un pájaro, una serpiente o simplemente un monstruo mítico o fantástico. Bella puede ser hermosa, pero es su coraje y su dulzura lo que salva a Bestia y lo transforma. Por lo general, la Bestia es un personaje de género masculino que se enamora de una joven, pero a veces es

un personaje de género femenino que se transforma por el amor de un hombre valiente de buen corazón.

Los detalles de algunas versiones de “La Bella y la Bestia” pueden diferir, pero el nudo de la historia es común a todas ellas. Los personajes principales son el padre, la hija y un pretendiente sobrenatural. El argumento se desarrolla a través de una serie de viajes. El padre está de viaje cuando Bella conoce a la Bestia. Bella parte hacia el castillo de la Bestia, regresa a su casa y luego, al castillo nuevamente. Hay, también, viajes interiores. El padre se dirige hacia la vejez, mientras Bella va camino a la madurez. La Bestia transita la transformación de animal a humano, de la soledad al amor.

“La Bella y la Bestia” es la historia de cada uno de nosotros. Todos partimos de nuestra casa, conocemos personas y encontramos o formamos una nueva familia. Todos

tenemos algo de hermoso y animal al mismo tiempo, y debemos encontrar el punto de equilibrio entre estos diferentes aspectos. Los seres humanos estamos dotados de espíritu como Bella y de un cuerpo animal como la Bestia. La Bella y la Bestia se transforman al encontrarse: la Bestia se vuelve un ser civilizado y Bella acepta su naturaleza animal. Ninguno de los dos está completo sin el otro. Bella pide una rosa porque es algo de lo que carece, un amor diferente al de su padre. La rosa representa la belleza, pero tiene espinas; de modo que Bella aprende que el amor puede ser difícil. La Bestia pide la mano de Bella en matrimonio, porque sabe que sin amor vivirá en soledad. Ambos se pertenecen. Bella necesita una rosa y la Bestia tiene un jardín de rosas.

Leer o escuchar el relato de los cuentos de este libro puede ser el comienzo de un viaje con “La Bella y la Bestia”. Aquí pueden

verse las similitudes y diferencias entre las tres versiones. También hay otros cuentos, como “Cupido y Psique” (griego) o, “Al este del sol y al oeste de la luna” (nórdico) o “La alondra cantarina” (alemán), en los que una bestia se transforma gracias a una mujer leal. Probablemente vean películas o lean novelas sobre la Bella y la Bestia y deseen ilustrar la historia o danzarla. ¿Alguna vez se han sentido como Bella o la Bestia, o ambos? ¿Alguna vez conocieron a alguna persona que tuviera un aspecto atemorizante, pero que demostrara tener un gran corazón? Podemos imaginarnos en la piel de estos personajes e interpretar nuestra propia obra. Lo que es mejor aún, podríamos relatarle la historia a alguien, a un amigo, a cualquier miembro (¡o a todos!) de nuestra familia y así continuar con la “tradición oral”, tal como se narraron las historias durante siglos antes de que co-

menzaran a escribirse. Recuerden que esta es su historia. Pueden relatarla como deseen. Y descubrirán la magia que hay en ella. No hay mejor modo de conservarla que transmitirla.

Fuentes de los cuentos

Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont, *La Belle et La Bête*, Nueva York, Dover, 1965.

[El original fue editado en 1757].

Adele M. Fielde, *Chinese Fairy Tales*, Nueva York, Putnam, 1893.

Yolando Pino Saavedra, *Cuentos orales chileno-argentinos*, Santiago de Chile,

Editorial Universitaria, 1970.



Agradecemos a quienes escriben www.surlalunefairytales.com,

bella página que inspiró esta colección.



Colección
Cuentos del globo



Cuentos del globo 1
Sapos y diamantes



Cuentos del globo 2
De bellas y bestias



Cuentos del globo 3
Reinos lejanos